

ACIVEIRO

Parroquia del ayuntamiento de Forcarei situada a 9 km de la capital municipal y a una altitud de 830 m. Se extiende sobre una ladera de la cabecera del valle del río Lérez orientada hacia el Noreste, en una zona montañosa de las estribaciones de la Sierra del Candán.

Los abundantes restos megalíticos y la toponimia señalan el temprano asentamiento humano en esta feligresía, puesto que el nombre de la sierra, Candán, podría hacer referencia a un topónimo de origen celta relacionado con el mundo de la montaña y de lo brillante, que posteriormente se vinculará con el culto del dios Júpiter en el noroeste de la Península Ibérica, tal y como ocurre con el *Iupiter Candamius*, asociado al Puerto de Candanedo en Asturias, o con otros topónimos gallegos similares, como el Candedo de Beariz en la provincia de Ourense, el Candedo de Dozón en la provincia de Pontevedra, o el de la Sierra de Canda situada en el Macizo Galaico entre los límites de las provincias de Ourense y Zamora.

Igualmente resulta de interés el análisis del nombre de la parroquia, que podría estar relacionado tanto con el acebo —que antiguamente predominaba entre la vegetación arbustiva de la zona, en opinión de autores como Rafael Balsa o Antonio Rodríguez—, como con una derivación de la palabra *Acibarium*, que identificaba el espacio existente alrededor del atrio de la iglesia destinado por las leyes canónicas como tierra de sustento, según Isidro Bango, lo que indicaría la antigüedad de la propia parroquia o de la vida cenobítica en este lugar.

El único camino medieval que atravesaba esta circunscripción, como indica Elisa Ferreira, era el conocido como Breeiro por el que se transportaba el vino del Ribeiro a la ciudad de Santiago de Compostela. Pese a todo, en opinión de la misma autora, tuvo que haber una red de caminos secundarios ligados al Breeiro que comunicasen las parroquias de las inmediaciones y que facilitasen el acceso desde la tierra de Montes y de Trasdeza a la gran feria que hubo en Aciveiro desde el siglo XIII.

Monasterio de Santa María

EL ACCESO LO REALIZAREMOS, tanto desde Pontevedra como desde Ourense, a través de la N-541, de la que nos desviaremos en Folgoso para tomar la PO-534 en dirección Lalín-Lugo. A continuación circularemos por esta carretera 10 km hasta encontrarnos en la margen derecha con el desvío, pertinentemente indicado, que nos conducirá hasta el edificio.

A la hora de elaborar una historia de la evolución espiritual y material, la escasez de documentación referente a la fundación y primeros pasos del monasterio de Santa María de Aciveiro es la nota más característica. De hecho, las únicas fuentes directas con las que contamos son el conjunto epigráfico del exterior del muro meridional de la nave de la iglesia y las donaciones reales de bienes al monasterio, conocidas a través de copias modernas de los traslados de los documentos originales citados en el *Tumbo Grande* de Aciveiro comenzado en el 1617.

En el paramento externo del muro meridional de la nave de la iglesia, en el tramo comprendido entre el tercer y el cuarto contrafuertes, existen dos inscripciones probablemente realizadas en dos momentos diferentes que conforman una historia en miniatura del primer medio siglo de vida de este cenobio. La primera se extiende sobre tres sillares en un solo renglón, mientras que la segunda está escrita en dos renglones y en dos filas de sillares. Proponemos para ellas una transcripción, lectura e interpretación unitaria, puesto que su posible distinta fecha de realización no excluye la posibilidad de un mensaje interrelacionado con una finalidad común, esto es, informar sobre los orígenes monásticos y la posterior evolución de la casa. Un último aspecto a considerar es el análisis de las mutilaciones, cambios de ubicación y erosiones que han sufrido durante algo más de ocho siglos. Así pues, la construcción del claustro moderno, iniciado en la primera

mitad del siglo XVI y finalizado a comienzos del siglo XVII, supuso una considerable alteración de su texto motivado por la reconstrucción de algunos de los contrafuertes del muro meridional de la nave de la iglesia que fue reconstruida posteriormente en 1911. Tras esta última intervención desapareció casi la mitad del texto de la primera y numerosos caracteres existentes en uno de los contrafuertes de la segunda.

La transcripción y lectura del primer epígrafe, que ha sido abordada por numerosos autores desde el siglo XVII, a nuestro juicio sería:

E[ra]: M[illessima]: C[entesima]: LXXIII: IIII: N[onas]:
F[e]B[ruarii]: FACTU[m]: E[st]: IN PR[i]M[o]: XII: FR[atre]
S: VENER[unt]: IN: HOC: LOCO: NOVIL[i]O[r] COMP[er]
E[verunt]: CVI: M[o]NACI: SUB R[e]G[u]LA: S[an]C[t]i B[e]
N[edic]TI

Para la segunda, que siempre ha generado mayor controversia, proponemos:

E[ra]: M[illessima]: CC: VIII: ET Q[ui]N[T]O: [i]D[us]: S[e]
PT[embris]: Q[ua]N[dum]: ERECTUS E[st]: ILLE: CL[austr]
UM: Q[uo]D: D[icitu]R: DOM[us] S[an]C[T]O[S] [e]: Q[uo]D
PETR[us]: M[artini]: P[ro]P[ter]: DOMOR[um] D[omin]i:...

Aplicando los criterios de Vicente García Lobo la primera inscripción, de mayor antigüedad, podría ser definida como diplomática de tipo *notitia foundationis* y letra visigótica, mientras que la segunda sería una *notitia consecrationis* de letra pregótica.

La primera de las inscripciones se desmarca de las características que pueden ser denominadas como generales de las inscripciones con una datación inscrita en torno al 1135. En primer lugar porque la gran mayoría de ellas son

Vista general del monasterio



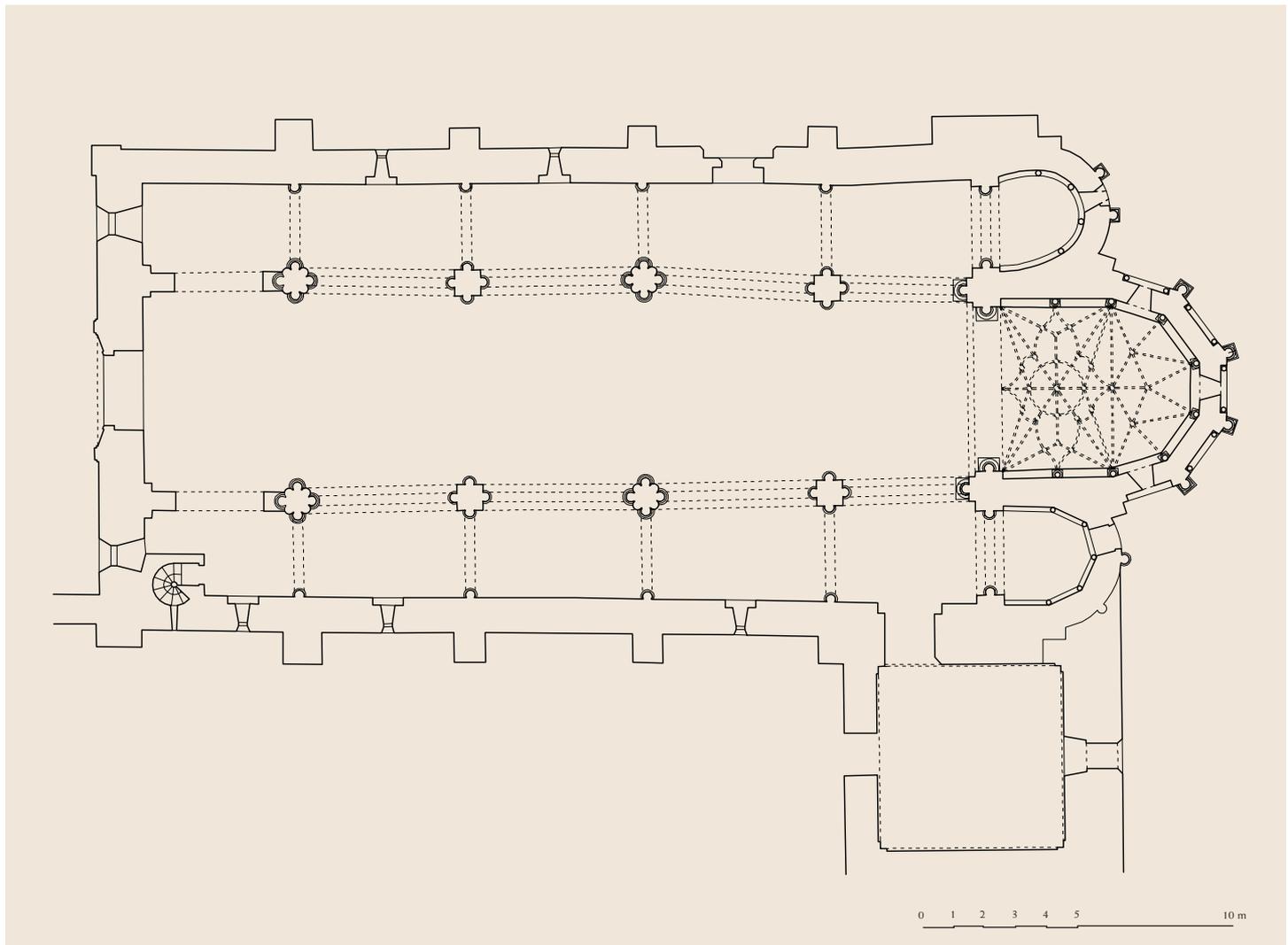
consecrationis, frente al carácter fundacional de la de Aciveiro, y en segundo lugar porque sus caracteres combinan las formas típicas de la época, preferentemente cuadrangulares, con otras de tendencia circular, principalmente la "C", la "T" y la "E". Lo que nos permite retrasar su fecha de realización desde el 1135, que indican sus numerales, hasta la segunda mitad del siglo XII.

No resulta tan fácil datar el momento de elaboración de la segunda inscripción, puesto que sus características no coinciden plenamente con las de sus supuestas coetáneas realizadas en 1170. Los caracteres de Aciveiro tienden a redondearse, combinan diferentes tipos de letra, aplican una larga serie de abreviaturas y emplean letras enlazadas y unidas. Por todo ello, consideramos que se debería retrasar su fecha de realización respecto a la datación en ella contenida, situándola entre finales del siglo XII y comienzos del XIII, momento en el cual se desarrollan textos

epigráficos de semejantes características, tal y como ocurre en el caso de la iglesia ourensana de San Martiño de Cornoces, cuyas inscripciones aluden a los años 1199 y 1200 y ocupan gran parte de la superficie del exterior del muro meridional de la nave.

El primer problema que plantean las inscripciones para la obtención de un mensaje global es la determinación de la observancia de los primeros integrantes del cenobio. Su lectura no ofrece ningún dato sobre el marco espiritual adoptado por los doce primeros monjes, y hay que esperar a un momento intermedio entre el 1135 y el 1170 para que los religiosos de esta comunidad se subyugasen al marco establecido por las normas de la regla casinense. Aunque no sería extraño que un monasterio gallego se rigiese durante la primera mitad del siglo XII por normas residuales procedentes del antiguo monacato pactual lo más lógico sería que estos individuos actuaran ya influenciados por

Planta



la nueva concepción del monacato hispano, en el cual la regla benedictina, como señalan José Freire o Antonio Linage, representa una norma de vida monástica que va más allá de lo puramente material, trascendiendo al plano de lo simbólico de la renovación. También se podría deducir una fundación benedictina partiendo del simbólico número de los monjes fundadores. Por otra parte, esta referencia numérica posee una clara relación con la labor fundacional y renovadora dentro del mundo cenobítico y en concreto una especial vinculación con la esfera de acción benedictina, amén de ser uno de los tópicos que tienden a identificar la vida monástica con el ideal apostólico.

El posible sometimiento inicial a esta regla también tenía una alta representatividad en el ámbito material. En primer lugar porque la norma de vida benedictina promovida por la monarquía y por Roma debería significar una liberación respecto a la omnipresencia de las intenciones patrimonialistas de la nobleza en estas instituciones y la consabida exención del ordinario. En segundo lugar, se deben valorar las relaciones contraídas por esta observancia dentro del estamento nobiliario, habida cuenta de su importante papel como fundadores dotacionales en la búsqueda de una comunidad que les sirviese como elemento mediático cara al más allá para la salvación de su alma y al mismo tiempo como lugar de sepultura.

El inicio de la construcción de un claustro al que alude la segunda de las inscripciones podría indicar que en un momento comprendido entre el 1170 y finales del siglo XII esta abadía hizo sus primeros acercamientos hacia el ámbito cisterciense. Principalmente, debido a su origen de carácter posiblemente eremítico, su emplazamiento en un lugar apartado y la observancia declarada de la regla casinense. La supuesta evolución de la comunidad, que pasa de doce a ciento seis monjes en treinta y cinco años, intentaba igualmente demostrar la favorable evolución de este cenobio, su suficiencia y la prosperidad que necesitaba un monasterio para asegurar el seguimiento de la regla que se exigía a las nuevas afiliaciones cistercienses.

A partir de este momento y hasta la fecha de su solicitud de entrada en la Orden del Císter, en 1225, comienza a mencionarse Aciveiro en documentos como donaciones reales y de particulares, confirmaciones de bienes y las referencias que al monasterio o a alguno de los integrantes de su comunidad se hacen principalmente en contratos de aforamiento y juicios. Esta nueva presencia en la documentación será indicativa de su evidente aumento de consideración como entidad religiosa y la consiguiente formación de su dominio monástico.

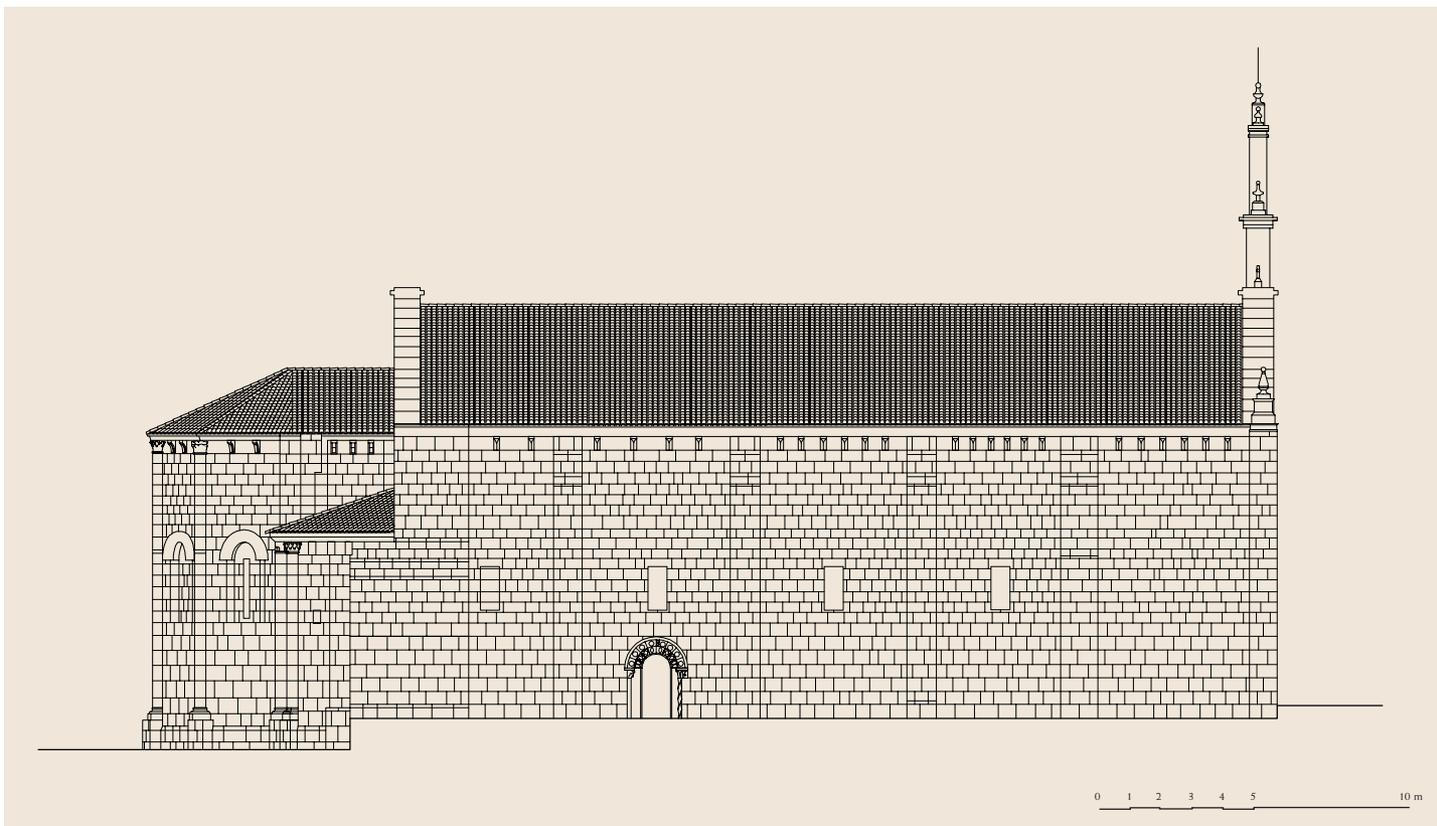
De 1174 existen dos referencias. En la primera aparece la firma del abad Pedro de Aciveiro en una concordia

realizada tras el juicio abierto entre el monasterio de Santa María de Oseira y los Hospitalarios por la posesión del realengo de Marín. La segunda figura en una donación del testamento de Fernando Oduáriz en la que se menciona a esta casa entre otros cenobios gallegos. El 20 de marzo de 1178 Aciveiro aparece nuevamente entre las posesiones que Alejandro III le confirma al arzobispado compostelano. De 1193 es el *primer privilegio y escritura más antigua que ay en esta casa*, en palabras del autor del *Tumbo Grande*. En él Alfonso IX les dona la villa e iglesia de San Xoán de Piñeiro. Dicha donación será confirmada en 1228 por el mismo monarca que en 1202 otorgaba otro privilegio a esta comunidad, en el cual, además de donar la granja de Villaçigan en la provincia de Valladolid, confirmaba todas las posesiones y vasallos que este monasterio tenía en su reino y los eximía del pago de cualquier tributo, alcabala, portazgo y pecho. Del mismo modo establecía que todos sus colonos, vasallos y renteros tan sólo estuviesen obligados a acudir al llamamiento del abad. Esta confirmación otorgaba los poderes que hasta ahora no habían sido reconocidos por ninguna carta de coto. Seis años después de la primera de las donaciones reales, en 1199, se produjo la segunda de las hechas por un particular. Doña Urraca Fernández, hija del conde Fernando Pérez de Traba y viuda de don Juan Arias, concede a Aciveiro *C. sls. et. V. mod.º de vino*. Todos estos documentos comprendidos entre 1170 y 1225 constatan el aumento de la presencia y la representatividad de esta abadía, convirtiéndose, de esta manera, en los signos del desarrollo de un proceso de afiliación.

La documentación generada a partir del año de la solicitud de incorporación a la Orden del Císter por parte de Santa María de Aciveiro muestra una evolución positiva del elemento patrimonial y económico en general, fruto en gran medida de la consolidación de sus atribuciones religiosas y socio-políticas. Esta situación se puede prolongar hasta la segunda mitad del siglo XIV, momento en el cual el clima general del monacato gallego se ve perturbado por fenómenos como el de las encomiendas nobiliarias y los abades comendatarios, que son representativos de una sociedad en crisis de la que se comenzará a salir tan sólo a comienzos del siglo XVI.

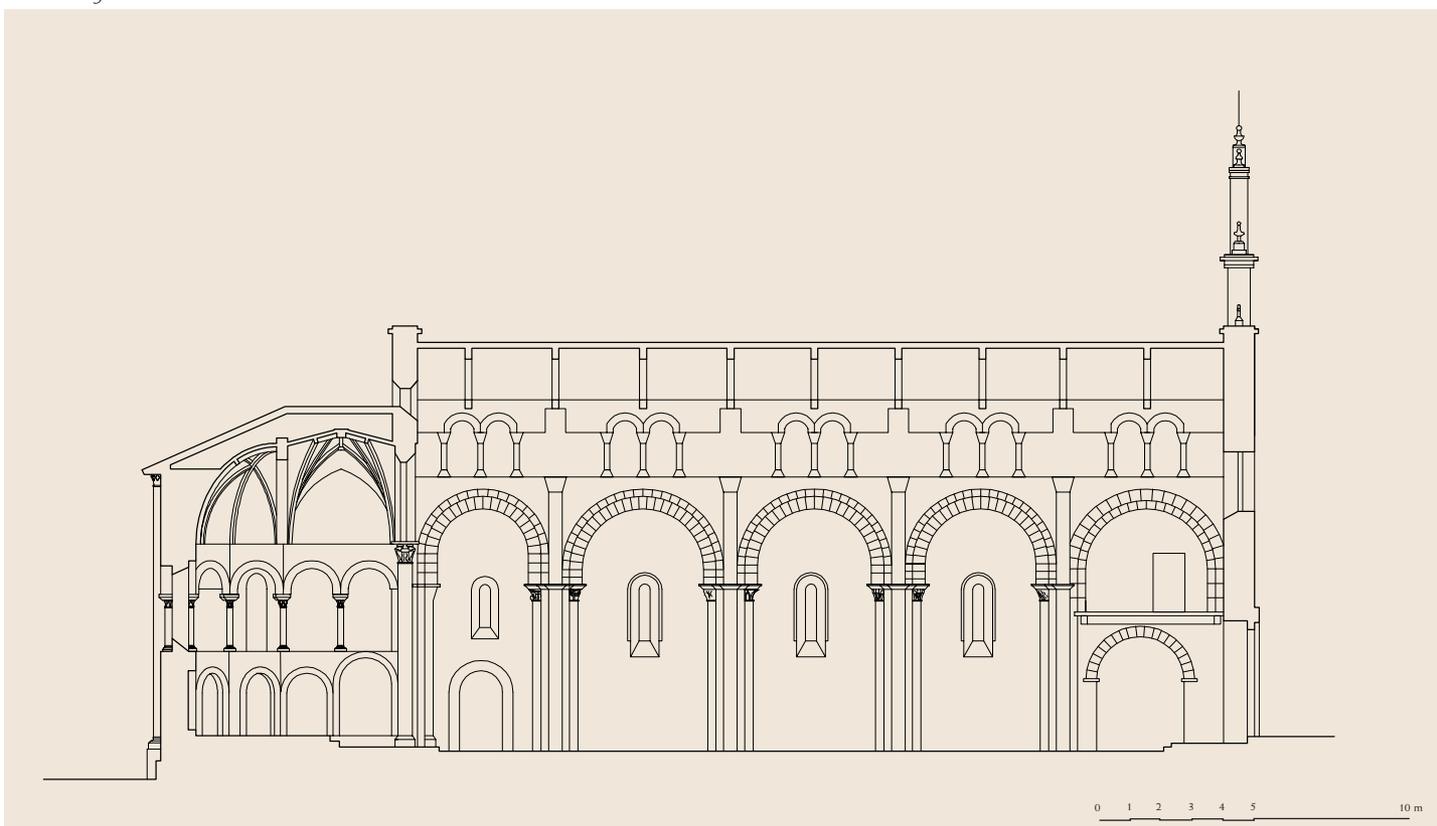
Los restos románicos del antiguo conjunto monástico se limitan a la iglesia y piezas dispersas que formaban parte de su claustro.

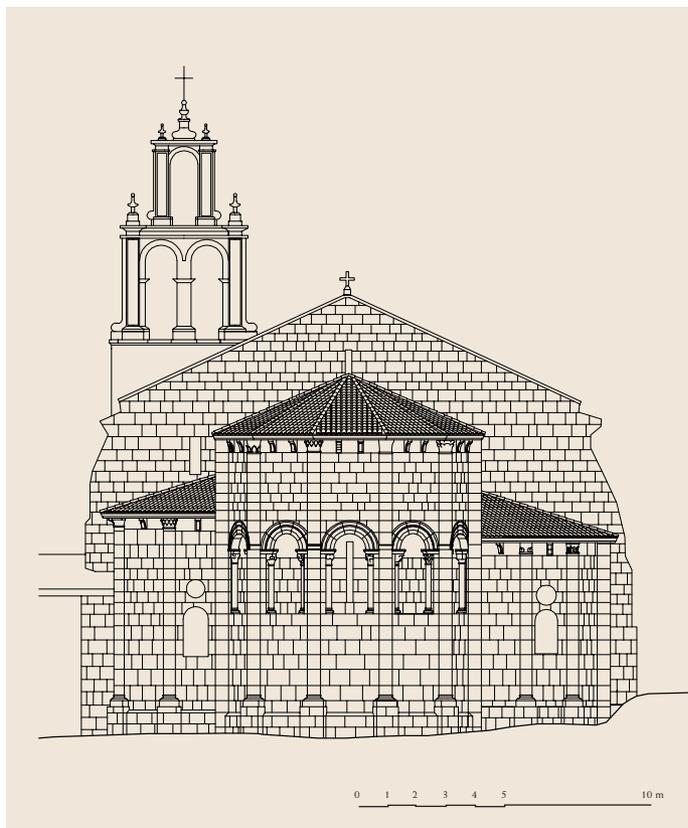
A la hora de realizar un análisis general y la reconstrucción de su planta y alzado románicos es necesario que hagamos previamente un breve resumen de su vida constructiva desde el siglo XVI. Entre los años 1505 y 1533 Aciveiro se incorpora plenamente a la nueva Observancia de la Congregación de Castilla y comienza una serie de



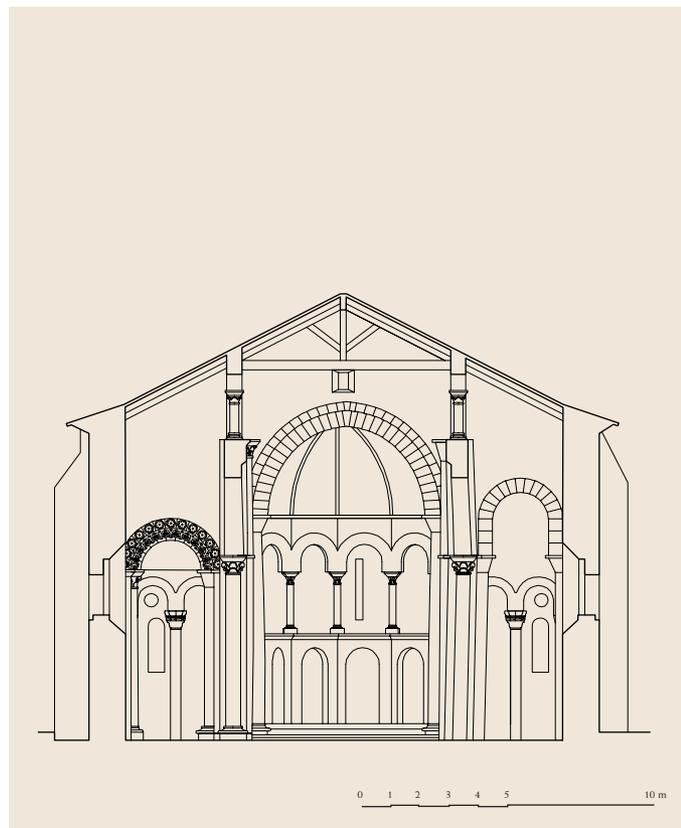
Alzado norte

Sección longitudinal





Alzado este



Sección transversal

intervenciones finalizadas a comienzos del siglo XVII. Fruto de esta etapa de adecuación estructural es la eliminación de la primitiva fachada occidental de la iglesia –incluida la torre de las campanas–, la creación del coro alto, la sustitución de la bóveda de la capilla mayor, la reconstrucción de parte del muro meridional de la nave y la creación de nuevas puertas de acceso desde la iglesia al claustro renacentista que reemplazó al medieval, una de ellas realizada con uno de los vanos de la antigua sala capitular. En 1649 Aciveiro sufrió un incendio que tan sólo afectó a las bandas meridional y occidental del nuevo claustro. Entre los años 1741 y 1834 la práctica totalidad de las obras llevadas a cabo en la fábrica monástica quedaron registradas en el *Libro de Obras i Pleitos*. A través de él tenemos constancia de la existencia de diferentes obras mayores y menores que supusieron la creación de una nueva sacristía que englobó entre sus muros parte del cubo del ábside, la apertura de más vanos en la nave y en los dos absidiolos, el cegamiento de los del muro meridional de la nave o la sustitución de la cubierta de la capilla de la nave de la epístola. Del mismo modo, la recomposición de la pavimentación de la iglesia supuso que se soterrasen las basas de casi todos los pilares, así como diferentes modificaciones en las puertas de acceso. Entre ellas figuran la eliminación de la de

maitines, situada sobre la sacristía, y el cerramiento de la probable puerta de acceso al coro desde el claustro bajo. De 1911 es la reconstrucción de la iglesia impulsada por la Sociedad Arqueológica de Pontevedra que contó con el mecenazgo de cardenal Martín de Herrera, arzobispo de Santiago de Compostela. Pese a la importancia de la intervención, ésta no supuso una grave alteración de la morfología del edificio, descrita y documentada por Rafael Balsa en 1907. Durante el siglo XX, entre los años 1949 y 1979, se llevó a cabo un ciclo restaurador integral que implicó la consolidación de los muros de la iglesia y la sacristía, con la consiguiente liberación del cubo del ábside meridional, la renovación de la pavimentación, la sustitución de las cubiertas de la nave y los ábsides, la eliminación del artesonado que ocultaba el triforio y de uno de los tramos del coro alto que cegaba hasta mediados del siglo XX los dos primeros arcos formeros de la nave. Por último, en 1985 se inició una rehabilitación de la antigua área claustral que finalizó a comienzos del siglo XXI e implicó su transformación en hospedería.

La iglesia de Santa María de Aciveiro, ubicada según la orientación tradicional, presenta tres naves de cinco tramos, de mayores dimensiones la central que las laterales, divididas por cuatro pares de pilares compuestos, con una

columna entrega adosada a cada una de sus caras, que alternan el núcleo central cuadrangular –el primero y el tercero– con los que presentan un incipiente fuste de sección semicircular en cada uno de sus ángulos –el segundo y el cuarto–. A cada par de pilares corresponde uno de contrafuertes en la cara externa de los muros de la nave que se ve rematada, en su parte oriental, por tres ábsides. El sexto par de contrafuertes contrarresta los empujes de los arcos torales y el triunfal. Los dos ábsides laterales, muy deformados y modificados en el siglo XVIII, poseen un paramento externo semicircular e interno poligonal, mientras que el central posee tramo recto y codillo de transición hacia un polígono hemidecagonal. No conservamos ninguna de las cinco ventanas originales de derrame interno que debían de poseer los muros laterales de las naves y desconocemos cuál podría ser la estructura de la fachada occidental.

Hoy en día existen tres puertas de acceso al edificio. La primera, la de la sacristía, se encuentra en el primer tramo del muro sur, si bien el vano que actualmente podemos contemplar es producto de la reforma del área claustral del siglo XVI. La segunda, la de difuntos o del cementerio, está situada en el muro norte, frente a la anterior, y fue modificada en diferentes ocasiones durante el siglo XVIII. Su nombre se debe, según Isidro Bango, a que por ella salían los cortejos fúnebres que acompañaban al cadáver de los hermanos de la comunidad al cementerio, generalmente ubicado en el ángulo exterior de la iglesia, opuesto al que ocupaban las dependencias claustrales. La tercera es la de la fachada occidental moderna. A éstas probablemente tendríamos que sumar un antiguo acceso al coro desde el claustro bajo –al que hace referencia la documentación de los siglos XVI y XVIII–, que fue tapiado en el 1831 y

Cabecera



eliminado en la reconstrucción de 1911. Estaba ubicado en el segundo tramo del muro meridional desde el extremo oriental, entre las inscripciones y la puerta de la sacristía.

Todas estas características reponen a una tipología de iglesia monástica empleada en Galicia principalmente en la segunda mitad del siglo XII.

El hecho de que se pueda hablar de un tipo monástico está determinado, en primer lugar, por su ámbito de difusión. En el caso gallego se puede hablar de un uso casi exclusivo por parte de las diferentes comunidades religiosas, puesto que son puntuales los casos de iglesias seculares, alguna de ámbito urbano y una antigua catedral, en los cuales se aplicó la misma solución.

En segundo lugar, hemos de hablar de un tipo específico de planta en atención a las diferentes necesidades funcionales e ideológicas a las que responde. Las funcionales son las relativas a las necesidades espaciales que tenía cualquier cenobio de relativa entidad para la realización de los ritos litúrgicos de la propia comunidad y seculares. Para ello habían de disponer de un espacio amplio y versátil. Ambas características permitían el desarrollo de las actividades seculares en un marco diferenciado, los primeros tramos de la nave, y la utilización de diferentes altares. Estos elementos, junto con la serie de accesos anteriormente descritos, delimitaban nuevamente el espacio básico para los integrantes de la comunidad, los dos primeros tramos de la iglesia, esto es, el espacio del coro monástico. De hecho todas las puertas del muro sur garantizaban su independencia y un acceso ágil desde el área del claustro.

Podríamos considerar necesidades ideológicas a las connotaciones que subyacen en este tipo de planta y a las cuales seguramente no eran ajenos los fundadores de cada una de estas construcciones. En palabras de Henri Focillon, la planta posee un valor esencialmente sociológico, pues es la propia figura del programa y su traducción gráfica. En este mismo sentido han de entenderse las afirmaciones realizadas por autores como Ángel del Castillo, Ramón Yzquierdo o Manuel Luis Real, que reconocen en ella el modelo de planta benedictina. Así pues, a la hora de elegir el tipo de iglesia a construir, además de seleccionar un edificio amplio que responde al ideal de iglesia de importancia, tampoco debieron de pasar por alto esta posible connotación reformista por la cual vendría avalada y que justificaría en parte su proliferación desde mediados del siglo XII.

Dentro de este contexto la planta de Aciveiro destaca principalmente por dos características: el empleo de pilares compuestos y la utilización de ábsides poligonales. La utilización de este tipo de soportes evoca claramente a la catedral compostelana como modelo de prestigio y sirve para determinar tanto la clara diferenciación funcional y

simbólica de los espacios de la iglesia como la existencia de una planificación integral del edificio y de cada uno de sus elementos. Anteriormente, cuando mencionábamos las motivaciones de la utilización de la planta basilical en una iglesia abacial, indicábamos que la situación de los accesos señalaba claramente el espacio del coro. Por lo tanto no parece ser casual que la disposición alternada de los pilares varíe el núcleo cuadrangular sencillo por el de molduras semicirculares en ángulo, inmediatamente después del segundo tramo. Tal y como han demostrado Hans Erich Kubach o Eric Fernie en el caso inglés, francés o italiano, la utilización de la alternancia de soportes posee un claro sentido simbólico empleado para evidenciar los diferentes significados y la sacralidad de las áreas del edificio.

Entre los edificios de la Península Ibérica que a finales del siglo XI renovaron las formas absidales se encuentran las catedrales de Santiago y la de Pamplona. En la catedral compostelana los esquemas poligonales fueron utilizados en las capillas de Santa Fe y San Andrés, en el interior de la girola, en el paramento externo de los muros de la capilla mayor y en la cripta del pórtico occidental. Lo que evidencia un profundo conocimiento de las virtudes técnicas del perfil poliédrico y quizás manifieste de manera implícita las connotaciones martiriales a él asociadas. En Galicia estos esquemas tuvieron una repercusión relativamente alta, puesto que contamos con algo más de una docena de edificios con ábsides poligonales datados, en la mayoría de los casos, en la segunda mitad del siglo XII. Entre todos ellos tan sólo en la iglesia compostelana de Santa María de Sar se aplican fórmulas y variaciones del modelo compostelano de las capillas de la girola con un carácter tan excepcional como el de Aciveiro, lo que determina su papel de arquitecturas experimentales.

En alzado se aprecian las cinco parejas de contrafuertes de planos decrecientes que articulan los paramentos externos de la nave. Sobre ellos se encuentran unos aleros que sufrieron importantes mutilaciones. El septentrional conserva parte de la cornisa románica con cobija en chaflán recto decorado con florones de botón central y bolas. Carga sobre veinticuatro canecillos en proa, en proa rematada con bolas y cabezas humanas o en nacela con hoja de nervio inciso. El meridional perdió la totalidad de la cobija original en alguna de las reformas modernas y conserva una colección de diecinueve canecillos en proa. Entre cada pareja de contrafuertes se abre una ventana de derrame interno, salvo en el tramo occidental del muro meridional, aunque la forma cuadrangular que poseen en la actualidad se debe probablemente a la reconstrucción de 1911.

La única portada románica conservada en el exterior del edificio, aunque bastante erosionada y deformada, es la



*Detalle de la portada
del muro septentrional*

puerta de difuntos, ubicada en el segundo tramo del muro norte. Está formada por una chambrana decorada con billeteado de cinco filas de escaques y dos arquivoltas de arco de medio punto. La rosca de la arquivolta externa, en arista viva, está ornamentada con rosáceas inscritas en círculos y sobre una especie de aureola. La dovela central muestra la particularidad de poseer dos rosáceas pentapétalas. Apea sobre un par de columnas acodilladas, de fuste monolítico entorchado con florones, la occidental, y liso, la oriental,

que poseen cimacios en caveto, decorado el oriental con una línea ondulada de tallos vegetales y el occidental con conjuntos de tres bolas y florones. Los capiteles son vegetales de una fila de hojas y desarrollados caulículos. La basa oriental posee perfil ático con garras y la occidental está integrada por un plinto cuadrangular con cajeado en la parte superior y un ancho toro. La arquivolta interna, que carga directamente sobre el muro, tiene arista matada en bocel y la rosca exornada con formas ovaladas sobre casetones.

El basamento de los tres ábsides está formado por tres banquetas sobre las que se alzan los plintos, las basas de perfil ático con garras o bolas y las columnas adosadas rematadas por capiteles, dos en los ábsides laterales y cuatro en el central, que llegan hasta el alero y articulan los lienzos murales. Las plataformas de los plintos y las basas de las columnas muestran una gran irregularidad.

En el ábside central, en su lado más septentrional, existe un epígrafe funerario que ocupa tres sillares de la segunda hilada superior a la línea de basamento y está grabado en dos renglones. Nuestra transcripción es:

ERA M CCC : Q(uo)D(um) : K(a)L(endas) : OCT(o)B(r)I(s)/
OBIIT : P(e)TR(u)S : AFFO(ns)IS : DIE.

La inscripción se podría catalogar, siguiendo los criterios de Vicente García Lobo, como diplomática de tipo *notitia*, clase *epitaphia*, y de caracteres monacales.

En cada uno de los ábsides laterales posiblemente habría, hasta el siglo XVIII, una ventana flanqueada por las dos columnas adosadas, mientras que en el central contamos con una ventana en cada uno de los paños del hemidecágono, dos de ellas ciegas y la central tapiada. Todas ellas repiten el esquema de basa de perfil ático con bolas sobre plinto, columnas acodilladas de fuste monolítico liso, capiteles, cimacios en caveto simple, salvo los del tramo central que poseen un fino bocel en su parte inferior, arcos de medio punto decorados en cada una de sus dovelas y chambrana de billeteado de seis filas de tacos que anilla los tambores de las columnas entregas. La rica decoración de los capiteles y arcos de cada una de las ventanas merece un estudio detallado. El vano del primer

lado, desde el extremo septentrional, posee dos capiteles vegetales, el occidental de tallos anillados y el oriental de una fila de hojas rematadas en pomas y desarrollados caulículos, arco de medio punto que presenta una escocia entre dos baquetones en la rosca y en el intradós, ambas decoradas con grupos de cinco bolas, la primera, y de una bola, la segunda. El tímpano del interior está ornamentado con semicírculos de baquetillas. La segunda ventana del lado septentrional, la contigua a la central, muestra un capitel con decoración de una fila de hojas rematadas en pomas y desarrollados caulículos, el occidental, y otro de aves apicadas, el oriental, sobre los cuales carga el arco de medio punto con arista matada en un fino baquetón. Las dovelas muestran en la rosca dos aves con florones y rosáceas de destacado botón central, dos de ellas inscritas en círculos. Todo el intradós está cubierto con baquetillas en sentido longitudinal. La ventana central, la única de las abiertas que fue tapiada, presenta dos capiteles de dos filas de hojas, y el arco repite el esquema del primero del lado septentrional. El tímpano del interior presenta una fina decoración de medias lunas. La tercera, ya en el lado meridional, posee dos capiteles figurados. El derecho, con guirnalda que salen de la boca de tres monstruos, y el izquierdo, con lo que parecen ser dos leones de cabezas enfrentadas. Su arco repite el esquema de la primera septentrional y la central. Por último, la del extremo meridional posee dos capiteles con decoración vegetal y la rosca del arco de medio punto, en arista viva, está cubierta por rosáceas inscritas en nudos de Salomón.

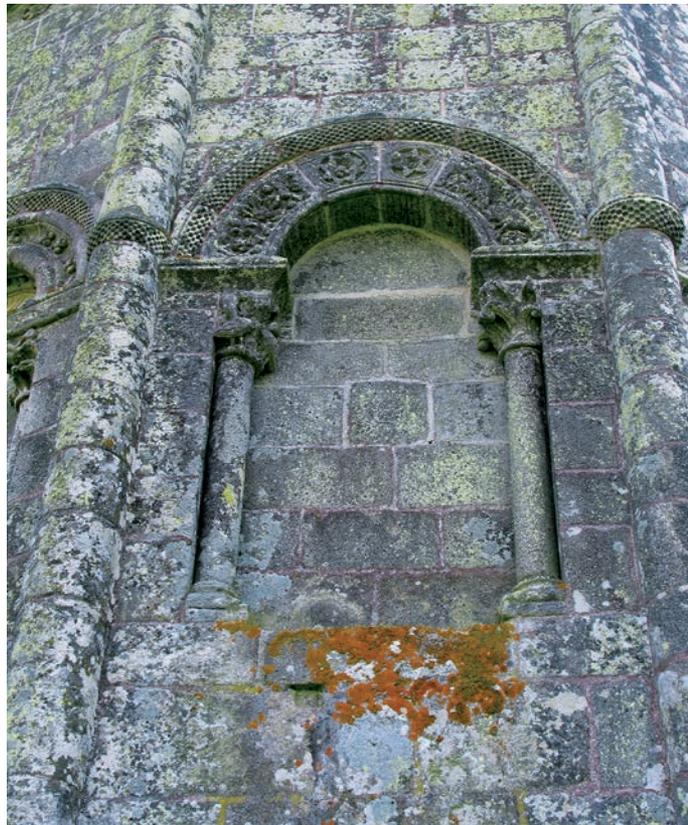
Los aleros de la cabecera, al igual que los de la nave, fueron alterados en alguna de las diferentes intervenciones restauradoras. El del ábside septentrional conserva tres

Inscripción del rebanco del ábside central





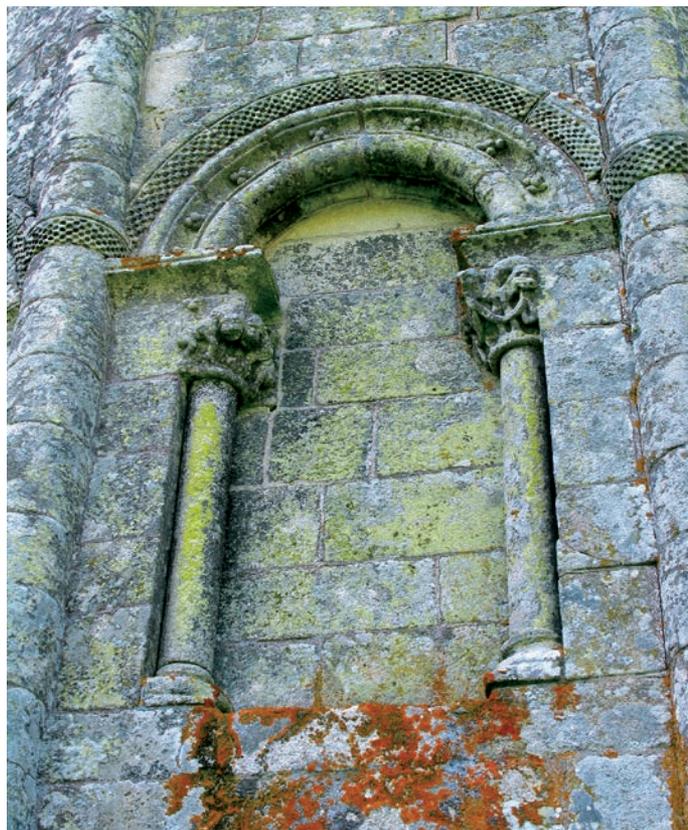
Ventana del ábside central



Ventana del ábside central



Ventana del ábside central



Ventana del ábside central



Detalle del alero

canecillos, dos de planos superpuestos y uno de modillón de rollos, y cuatro metopas con la cruz de San Andrés. Los capiteles de las dos columnas presentan un orden de hojas y decoración de ovas en la parte superior, el septentrional, y tallos anillados, el meridional. Su cobija, como la del ábside meridional o el alero meridional del tramo recto del central, fueron sustituidas posiblemente en alguna de las intervenciones del siglo xx. La cornisa del ábside central presenta cobija en chaflán recto decorada con una cadeneta de rombos que carga sobre dieciséis canecillos, doce de planos superpuestos, dos de modillones de rollos y dos en proa, cuatro capiteles en el remate poligonal y los codillos de transición que en la parte superior poseen una sección prácticamente semicircular. Los seis canecillos del tramo recto se intercalan con cuatro metopas originales decoradas con rosáceas heptapétalas de botón central o con un conjunto de cinco bolas, único esquema dispuesto en el ábside central, mientras que cada uno de los lados del extremo poligonal muestra dos canecillos entre tres metopas. Los capiteles, desde el extremo septentrional, presentan un orden de hojas rematadas en pomas, lazos anillados que parecen definir en el centro de la cesta la figura de un ave, dos filas de acantos y el último una fila de hojas con arcos entrecruzados en la parte superior. El ábside meridional

conserva tres canecillos de planos superpuestos y dos capiteles, el izquierdo de hojas planas de nervio inciso y el derecho de dos filas de acantos

En el interior del edificio el cuerpo de las naves refleja la compartimentación establecida por los cuatro pares de pilares compuestos que tienen bajo el pavimento, a excepción del tercero meridional desde el extremo occidental, el plinto y las basas de perfil ático. Los pedestales sobre los que se erigirían los plintos serían, igual que en la catedral compostelana, de sección alterna circular y cuadrangular de forma similar a la de los núcleos de los pilares. Coronando las columnas entregas, a excepción de las de la nave central, se alzan en la parte superior de cada una de ellas capiteles con cimacio en caveto que se impostan y encintan todo el perímetro del pilar. En los paramentos internos de los muros de las naves colaterales cuatro pares de columnas entregas, situadas en correspondencia con los pilares y con las basas soterradas bajo el pavimento, son rematadas igualmente con capiteles y cimacio en caveto, en el paramento septentrional, o con ajedrezado de una fila de billetes, en los primeros tramos del meridional. En ambos casos se impostan a lo largo de todo el lienzo mural y señalan el arranque de los arcos fajones, o diafragma, de medio punto peraltados en arista viva que compartimentan

cada uno de los cinco tramos de las colaterales. Los arcos formeros de medio punto doblados en arista viva, al igual que los fajones, arrancan sobre los cimacios y la línea de imposta que anilla el pilar. Tan sólo poseen dobladura en la cara interna, hacia la nave central, que es recogida por los codillos de los pilares. Los codillos de la cara externa, la de las colaterales, se prolongan por el muro hasta alcanzar, algunos de ellos, la altura del segundo cuerpo. Este último se erige sobre la línea de imposta que une los cimacios de los capiteles de las columnas entregas de la nave central. Sobre ellas se alza un triforio formado por una galería de cinco pares de arcos geminados de medio punto en arista viva que cargan en tres pares de columnas pareadas de capiteles de canon bastante alargado con cimacios en caveto y decoración geométrica, vegetal y figurados, columnas de fustes monolíticos lisas y basas de perfil ático en las que destaca el voluminoso toro inferior. También formaban

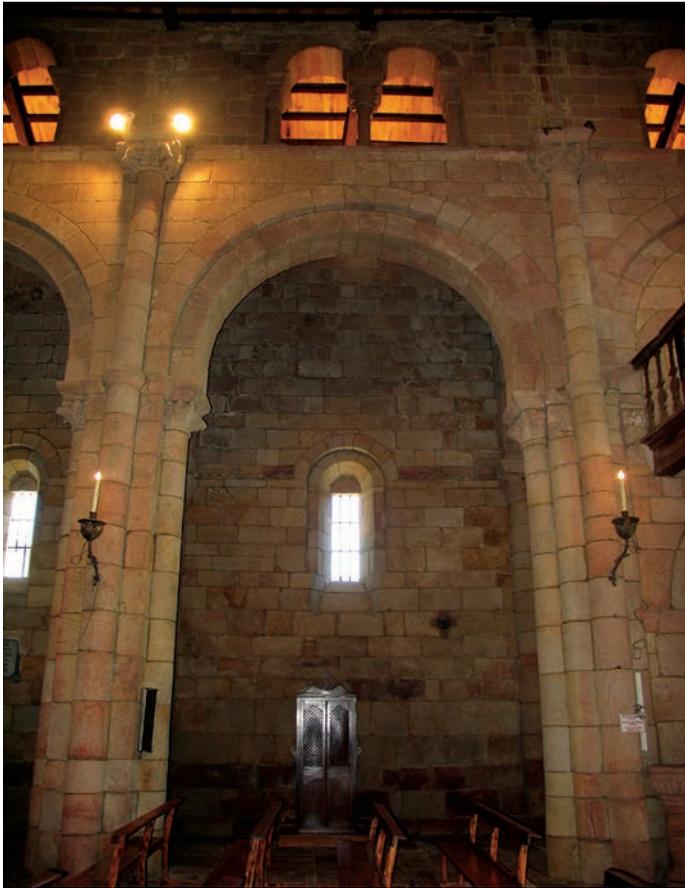
parte de este segundo cuerpo los cuatro arcos fajones de la nave central que se alzaban sobre las columnas entregas internas de los pilares. De su primitiva existencia dan fe tanto el *Libro de Obras* del monasterio como las propias cicatrices que se aprecian en el lienzo mural de la galería. Tres de ellos llegaron hasta el año 1810, momento en el que fueron finalmente eliminados, y su perfil debió de ser apuntado, como el del arco triunfal de la capilla mayor.

Las naves de este edificio muestran, tanto en su impronta planimétrica como en la estructura de su componentes en alzado, la existencia de un posible proyecto inicial para la cubierta de este espacio diferente al aplicado en su realización final.

Si tenemos en cuenta que el espacio de la nave central casi triplica el de las colaterales—lo que motiva el excesivo peralte de sus fajones y el incipiente arranque de las bóvedas de cuarto de cañón del segundo y el tercer tramo de la

Vista general de la nave





Vista general del segundo tramo meridional de la nave central

nave del evangelio— podríamos determinar que el primer planteamiento que el maestro o encargado de las obras tendría en mente consistiría en la realización de una iglesia definida tipológicamente como de salón, que constituye, según Hans Enrich Kubach, el tipo arquitectónico más frecuente y homogéneo en todo el territorio de la Europa Occidental. Para la consecución de este fin, en Aciveiro se emplearían bóvedas de cuarto de cañón en las laterales y de cañón en la central. Una solución conocida y empleada desde el siglo XI en edificios como Sant Pere de Rodes, en los que las bóvedas laterales actúan a manera de arbotantes continuos, contrarrestando la central a la altura de los salmeres.

En un segundo momento, por motivos que nos resultan desconocidos, se optó por partir de los elementos estructurales existentes y emplear una galería de arcos ajimezados sobre los intercolumnios y arcos fajones posiblemente apuntados en la nave central, solución semejante a la utilizada en las iglesias ourensanas de Xunqueira de Ambía y Santa Mariña de Augas Santas. De esta manera, el triforio aumenta la altura del lienzo superior al intercolumnio para poder tender la techumbre, sin que esto suponga

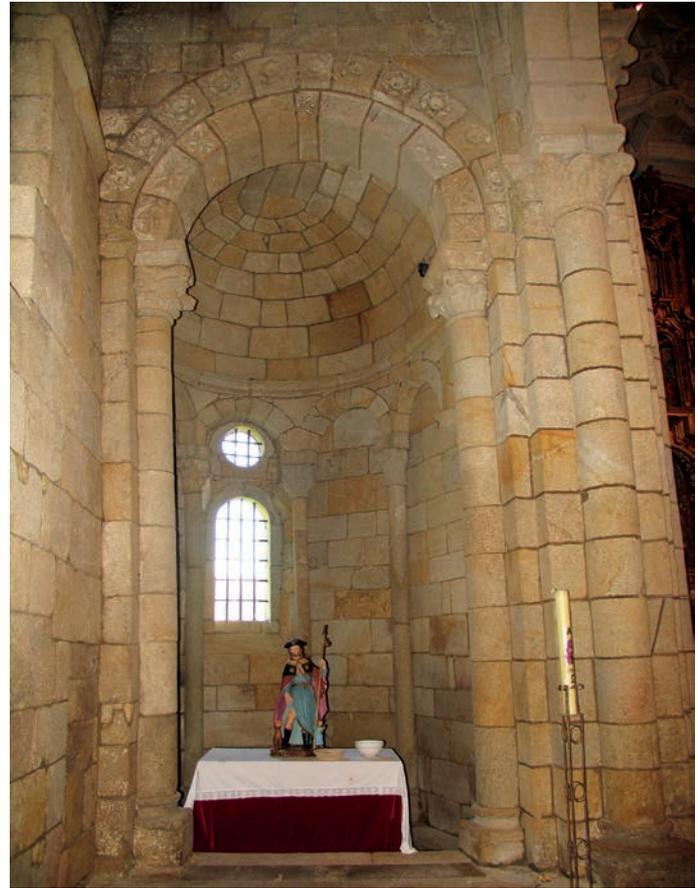
un carga excesiva que haga peligrar la estabilidad del edificio. A este elemento se añaden los arcos fajones de la nave central y la prolongación en sentido vertical de los retazos de muro existentes sobre los fajones de las colaterales, que se convierten en auténticos muros diafragma que atan en sentido horizontal la estructura, canalizan las presiones y sirven de apoyo directo a la cubierta. Esta innovación parte nuevamente de la reinterpretación de fórmulas compostelanas, posiblemente no exentas de connotaciones simbólicas relativas a una arquitectura de aspiración, como indican Ramón Yzquierdo, James D'Emilio o Isidro Bango.

El ábside de la nave del evangelio presenta un arco toral de medio punto, doblado y en arista viva, que apea en dos columnas entregas. La rosca externa está decorada con rosáceas de botón central similares a las de las metopas del alero del ábside central, mientras que la interna muestra las alteraciones de alguna intervención de época moderna y conserva parte de las dovelas originales con cruces de San Andrés semejantes a las de las metopas del alero de este ábside. Las columnas están formadas por capiteles con ábaco en caveto liso, el meridional con bolas; capiteles vegetales, el meridional con hojas rematadas en pomas y el septentrional con una fila de acantos y destacados caulículos; y basas de perfil ático que se encuentran a más de medio metro sobre el nivel pavimental del interior del ábside. Este último posiblemente correspondería al original de todo el edificio. El paramento del polígono pentagonal interno es articulado a través de siete arcos ciegos de medio punto en arista viva, dos pares en el tramo recto y tres en el remate. Los del tramo recto apean directamente en el muro, en el extremo occidental; en una ménsula intermedia, de proa la meridional y de planos superpuestos la septentrional; y en dos columnas de basas entregas de perfil ático con bolas, cuyo plinto —decorado con rosáceas, flores y ovas— se eleva sobre un rebanco formado por listeles, un par de baquetones y una escocia intermedia. Los fustes son monolíticos lisos, los capiteles poseen un orden de hojas y el cimacio está formado por la superposición de baquetillas. Este esquema se repite en las dos columnas centrales, entre las que se voltean los restantes tres arcos. Sobre las arcuaciones una línea de imposta semejante al rebanco marca el arranque de la bóveda de cuarto de esfera que cubre este espacio.

El ábside de la epístola repite el esquema del anterior con algunas variaciones. Las roscas del arco toral, sobre el cual se abre una saetera de derrame interno, carecen de decoración. Sus basas están formadas por dos abultados toros con bolas sin escocia de transición, y los capiteles presentan figuras de aves sobre fondo vegetal, en el meridional, y cabezas de simios o monstruos entre hojas lanceoladas, en el septentrional. El paramento interno muestra tan sólo



Ábside del lado de la epístola



Ábside del lado del evangelio

cinco arcos que apean en cuatro columnas de basas y capiteles entregos, con cimacio en caveto liso semejante al de la imposta sobre la cual arranca la bóveda de cuarto de esfera. El rebanco sobre el que se alzan los plintos de las basas, en este caso sin decoración, combina piezas similares a las del ábside del evangelio con otras que presentan billeteado de una fila de tacos, similar al de la imposta de los primeros tramos del paramento interno de muro de la nave de la epístola.

El arco triunfal posee chambrana con billeteado de cinco filas de tacos y arco apuntado y doblado con aristas matadas en baquetón y tres baquetillas. Apea en un par de columnas entregas de capiteles con cimacios en chaflán recto liso que se impostan por el muro y decoración vegetal de una fila de hojas rematadas en pomas. Las basas son de perfil ático, con bolas en las esquinas, la meridional. El interior del ábside se articula mediante dos pisos de arquerías. El inferior presenta nueve arcos ciegos, de medio punto en arista viva, que cargan sobre pilastras. Entre ellos destacan los dos armarios-credencia de sección semicircular del tramo recto, que por sus dimensiones y número encuentran probablemente sus referentes en los existentes

en la capilla del Salvador y la cripta de la catedral de Santiago. También podemos encontrar esquemas similares en los presbiterios de la catedral de Ourense y San Esteban de Ribas de Miño, obras las dos de la segunda mitad del siglo XII. En el piso superior, que se alza sobre una imposta similar a la del rebanco del ábside del evangelio, existen otros nueve arcos de medio punto en arista viva que apean sobre columnas de cimacio en chaflán recto liso, capiteles de una fila de hojas, en el lado septentrional, o de tallos anillados, en el meridional, columnas monolíticas de fuste liso y basas de perfil ático. Tres de ellos corresponden a las ventanas del remate poligonal, y el mismo número permanece oculto tras el retablo barroco, aunque suponemos que su estructura será similar a la de los analizados. La bóveda que cubre este espacio es obra de finales del siglo XVI. La original sería de cañón ligeramente apuntado en el tramo recto, al igual que el arco triunfal, y una bóveda de cascarón cubriría el remate poligonal, puesto que no se aprecia la existencia de columnas, ménsulas, repisas o requiebros de la línea de imposta que demuestran la previsión o la intención de cubrir este espacio con una bóveda nervada tal y como ocurre, entre otros, en San Xurxo de Codeseda,

Santa Baia de Losón o San Lourenzo de Carboeiro, todos ellos del último cuarto del siglo XII.

Al análisis de la estructura arquitectónica hasta ahora descrita hemos de añadir el del aparato figurativo en ella dispuesto, sumando los setenta y cuatro capiteles de los dos cuerpos de las naves, lo que nos permitirá establecer la filiación estilística de este edificio y definir sus etapas constructivas.

Así pues, en el primer cuerpo de los primeros tres tramos de la nave, desde el extremo occidental, se aprecia la existencia de un conjunto de capiteles de entrelazo, de hojas de helecho, de hojas lanceoladas, de leones con las cabezas afrontadas y los cuartos traseros unidos, en *bosse*, de tipo cúbico liso, y cimacios en caveto con un listel cuyos modelos se encuentran en un grupo de capiteles de los últimos tramos de la tribuna de la catedral compostelana que Serafín Moralejo, James D'Emilio y Michael Ward han vinculado a talleres de formación local que reinterpretan los esquemas de los capiteles del crucero y que en el cuarto y quinto tramo de la tribuna, desde el extremo occidental, comienzan a reflejar la asimilación de recetas provenientes del lenguaje foráneo, principalmente borgoñón, empleado en la cripta de la catedral. La fecha de realización de estas piezas sería, en todo caso, anterior al 1168. En la portada del muro norte se combina, sin embargo, la utilización de motivos compostelanos, en las columnas, con otros de posible filiación abulense o segoviana, tal y como indican el rico empleo de rosáceas en la rosca del arco o de una puerta sin tímpano. Esta característica podría estar justificada con la probable presencia de individuos de esta procedencia en Aciveiro que hubiesen trabajado en la catedral de Santiago durante el segundo cuarto del siglo XII y que posteriormente, entre los años cincuenta y sesenta del mismo siglo, difundieron sus esquemas entre los talleres locales, según James D'Emilio. De todos estos datos y de la datación y ubicación de la primera de las inscripciones se puede deducir que probablemente la construcción del edificio se inició desde la fachada occidental en un momento comprendido entre los años 1160 y 1170. La segunda campaña probablemente contó con el mecenazgo o fue impulsada por el abad Pedro, que figura en la concordia de 1174 y al que posiblemente hace referencia el *Petrus Martini* citado en la segunda inscripción del muro meridional y en un epígrafe de la clave del cuarto arco formero meridional desde el extremo occidental, delante de la puerta del claustro.

Así pues, entre 1170 y finales del siglo XII se desarrolló esta segunda campaña que abarcaría la conclusión del primer cuerpo de las naves y la cabecera. En este momento se aprecia la actividad de talleres de diferente filiación que en

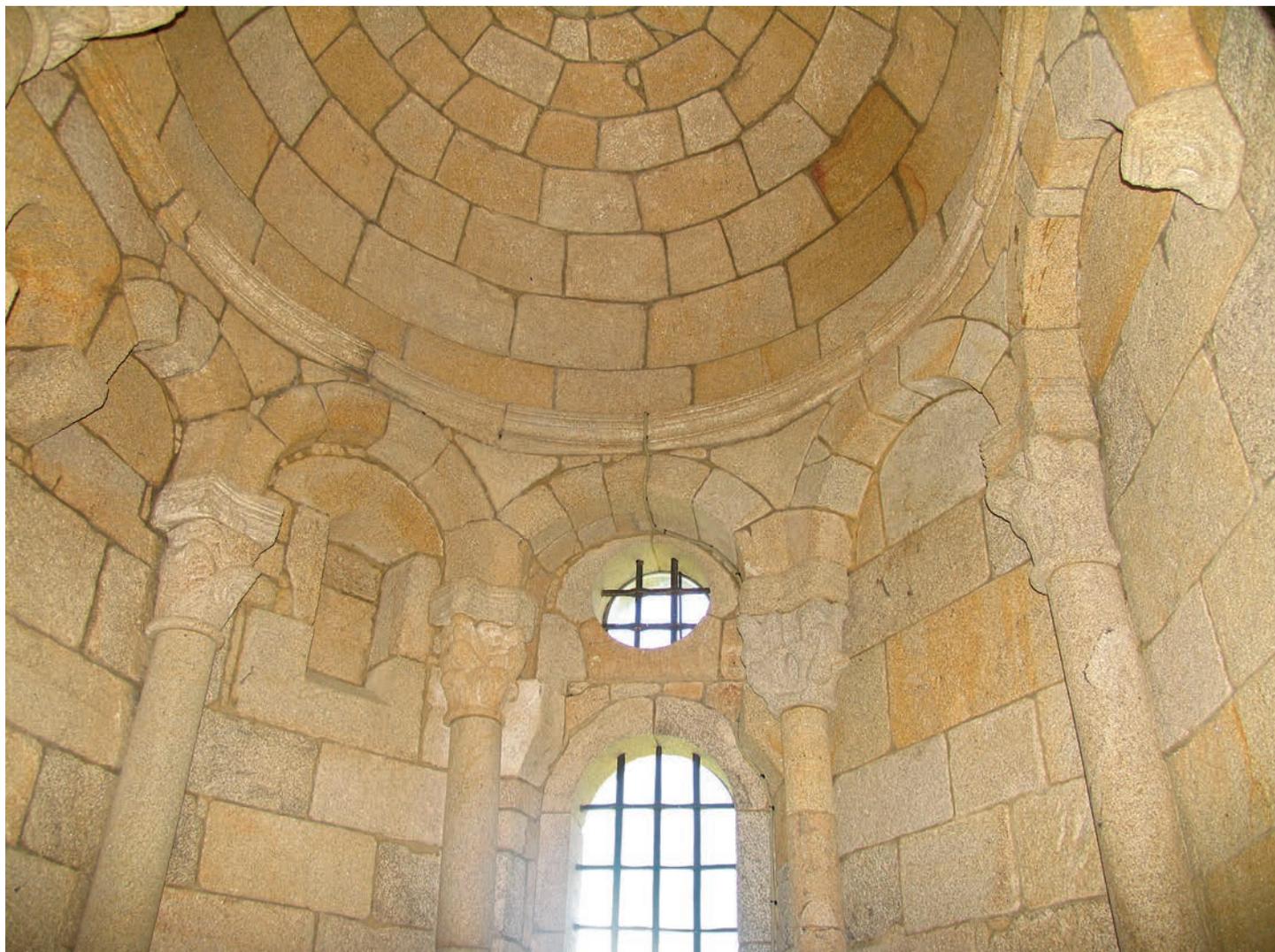
algunos casos responden a modelos de inspiración nuevamente compostelana, con soluciones aplicadas en la cripta como son los capiteles con tallos anillados, de una fila de acantos y caulículos o las molduras elaboradas de rebancos y cimacios, y en otros casos a las reinterpretaciones realizadas sobre estos modelos y de su combinación con antiguos esquemas o añadiéndoles figuras antropomorfas y animales. La datación que Isidro Bango establece para el tipo de cornisa de los ábsides se adapta a la cronología propuesta para esta segunda campaña en la que se produjo un tipo de lenguaje decorativo que no tuvo solución de continuidad en otras edificaciones pontevedresas del arzobispado compostelano, y en el que las rosáceas ocupan un lugar primordial.

La tercera y última campaña implicaría la finalización del cuerpo de las naves con la construcción del triforio en el que se aprecia, al igual que en algunos capiteles de las columnas de la nave central, la llegada de modelos de progeñe cisterciense combinados con elementos de tradición local. Su datación se ajusta a la establecida nuevamente por Isidro Bango para aleros como el del muro septentrional, por lo tanto entre finales del siglo XII y finales del primer cuarto del siglo XIII.

De la importante función funeraria que desempeñó este edificio, como espacio de enterramiento, tan sólo quedan dos testimonios. El primero es un sarcófago ubicado a los pies de la nave de la epístola con cubierta a doble vertiente muy acusada y decorado con blasones jaquelados, posiblemente de los Ulloa, cuya datación podría ser de finales del siglo XIV o principios del XV. La segunda pieza es un sepulcro de cubierta a doble vertiente que evoca a los antiguos sarcófagos de doble estola. Está decorado con un báculo grabado en el vértice de la cubierta y ubicado a los pies de la nave del evangelio. Tradicionalmente ha sido vinculado al taumatúrgico sepulcro del abad San Gonzalo das Penas que desarrolló su abaciado a mediados del siglo XV.

En el apartado de mobiliario litúrgico cabría destacar la existencia de un retablo pétreo del siglo XV, ubicado en el tercer tramo de la nave del evangelio, en el que se representa la Última Cena.

Como es de suponer, y los datos arqueológicos lo confirman, el área inicialmente ocupada por el antiguo claustro románico sería la panda este o del *mandatum* en la que se encontraban la sala capitular y el dormitorio, de cuya ubicación tenemos constancia a través de la documentación que señala la existencia de una puerta en lo alto del muro del primer tramo, la conocida como de maitines, que comunicaba el dormitorio con el coro y que fue eliminada a principios del siglo XIX. Bajo esta última se decidió crear un nuevo acceso a la iglesia a finales del siglo XVI



Ábside del lado del evangelio

reutilizando la puerta central de la antigua sala capitular. Esta última presenta chambrana con billeteado de cinco filas de tacos y dos arquivoltas de arco apuntado con arista matada en baquetón y rosca formada por una escocia y dos baquetillas que apean en dos pares de columnas acodilladas. Los capiteles poseen cimacios en chaflán recto con dos baquetillas en la parte superior. Los dos orientales son de un orden de hojas y caulículos y los del lado occidental presentan tallos anillados y una fila de acantos con caulículos. Los fustes monolíticos externos son entorchados mientras que los internos son lisos, entre ambos un baquetón liso. Las basas son de perfil ático sobre un plinto cuadrangular. En el interior de la puerta añadieron un arco cuyo intradós está ornamentado con decoración floral y cabezas de monstruos. A la sala capitular también debían de pertenecer las veintinueve dovelas encontradas en el ala este del claustro durante la fase de rehabilitación de los

años noventa del siglo XX, que en la actualidad se encuentran en paradero desconocido. Poseían arista matada en baquetón y su cara frontal estaba decorada con rosáceas, ruedas de radios curvos, ovas y baquetones. Su número y dimensiones nos llevan a pensar que formarían parte de los dos arcos doblados de medio punto entre los cuales se encontraba la actual puerta de la sacristía, definiendo un esquema de tres vanos que fue empleado en numerosos cenobios gallegos y castellano-leoneses a lo largo de la primera mitad del siglo XIII. Datación que se ajustaría tanto al estilo del vano central, en el que se percibe nuevamente su vinculación con las soluciones empleadas en la cripta de la catedral compostelana, como al de las dovelas, que reflejan una evolución de esquemas decorativos propios y de tradición local, o la decoración del intradós del vano central que podría asociarse a esquemas ornamentales empleados en el palacio arzobispal compostelano.

Otros vestigios descontextualizados del primitivo claustro de los siglos XII y XIII son una puerta de arco de medio punto con arista matada en baquetón, rosca decorada con una escocia y chambrana de filas de tacos; un bloque de piedra decorado en uno de sus lados mayores con una estrella de ocho puntas formada por un entrelazo que cobija en su interior cinco bolas; y un par de capiteles de un orden de hojas planas.

También en paradero desconocido se encuentran los restos de una antigua pila claustral gallonada, recuperados en la segunda mitad del siglo XX.

Carecemos de documentación o restos materiales que nos permitan precisar cuál pudo haber sido la estructura del resto del claustro románico, pero suponemos que tras su entrada en la orden del Císter ésta se ajustaría a la canónica empleada en la mayor parte de las casas cistercienses.

Texto y fotos: MRD - Planos: MGR

Bibliografía

- ANDRADE CERNADAS, J. M., 1995, p. 4; ANDRADE CERNADAS, J. M., 1997, pp. 31, 32, 34, 39, 237; ARIAS VILAS, F., 1982, p. 141; Balsa de la Vega, R., 1907, pp. 7, 8, 9, 12; BANGO TORVISO, I. G., 1979, pp. 30, 45-46, 56, 89, 148-151, 161-164; BANGO TORVISO, I. G., 1988, pp. 80-81; BANGO TORVISO, I. G., 1991, pp. 62, 79, 80, 84, 181; BANGO TORVISO, I. G., 1998, pp. 16, 18; BANGO TORVISO, I. G., 2000, pp. 105 y 108; BISHKO, C. J., 1984, pp. 53-76, 337; BLÁZQUEZ, J. M., 1962, p. 87; BOUZA BREY, F., 1931, p. 3; BOUZA BREY, F. y CUEVILLAS, F., 1932, p. 7; BRAUNFELS, W., 1975, p. 132; CANÍVEZ, J. M., 1931, V, p. 1356; CARRERO SANTAMARÍA, E., 1998, III, pp. 1165-1186; CASTILLO LÓPEZ, Á. del, 1972, pp. 4-5; CENDÓN, M., 2000, p. 71; CHAMOSO, M., 1980, pp. 293, 299, 304-305, 307; COCHERIL, M., 1964, pp. 228, 238, 254; COCHERIL, M., 1966, pp. 24, 72, 220; D'EMILIO, J., 1991, p. 83; D'EMILIO, J., 1992, pp. 187, 192; D'EMILIO, J., 1997, pp. 551, 561, 564; DÍAZ Y DÍAZ, M. C., 1990, pp. 303-334; DURO, E., 1996, p. 19; ERLANDE-BRANDENBURG, A., 1993, pp. 125-126; FERNÁNDEZ, E., 1988, pp. 18 y 107; FERNÁNDEZ, M., 1967, p. 16; FERNÁNDEZ CORTIZO, C., 2000, I, pp. 151, 152, 153, 155, 164, 180, 183; FERNIE, E., 1984, pp. 107 y 114; FERNIE, E., 1995, pp. 87, 246 y 249; FERREIRA PRIEGUE, E., 1988, pp. 111 y 112; FOCILLON, H., 1988, p. 64; FREIRE CAMANIEL, J., 1998, II, pp. 501, 562, 565; GARCÍA LOBO, V., 1987, pp. 373-398; GARCÍA ORO, J., 1994, p. 82; GOY, A., 1999, p. 60; HOCHKIRCHEN, D., 1995, p. 101; HOYO, J. del, 1607, p. 497; ISLA, A., 1992, p. 250; JANAUSCHEK, L., 1877, p. 228; KIDSON, P., 1987, p. 15; KRAUTHEIMER, R., 1942, pp. 6, 8 y 13; KUBACH, H. E., 1989, pp. 130, 196, 200, 206; LAMPÉREZ Y ROMEA, V., 1930, II, p. 209; LEROUX-DHUIYS, J. F., 1999, pp. 54 y 55; LINAGE CONDE, A., 1973, II, pp. 920, 921, 988, 987; LINAGE CONDE, A., 1986, pp. 46, 52; LÓPEZ DE GUERENO Y SANZ, M. T., 1997, I, p. 137; LÓPEZ FERREIRO, A., 1901, IV, pp. 60-63 y 126-134; LÓPEZ FERREIRO, A., 1901A, p. 86; MADOZ, P., 1848, V, p. 72; MANRIQUE, A., 1642, II, pp. 506-507; MATTOSO, J., 1995, p. 80; MILLÁN, J., 1927, pp. 13, 17, 21; MORALEJO, S., 1983, pp. 114 y 115; MORALEJO, S., 1995, pp. 135, 140; MUÑOZ PÁRRAGA, M. C., 1998, pp. 108-109, 117, 128, 130, 141, 172; NÚÑEZ RODRÍGUEZ, M., 2000, pp. 17-35; PENAS TRUQUE, M. A., 1986, pp. 2, 126, 131, 140; PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., 1992, pp. 138, 139, 167; PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., 1998, II, p. 701; PORTELA SILVA, E., 1984, pp. 27, 43-48, 54, 91, 144; REAL, M. L., 1982, pp. 15, 21; RODRÍGUEZ FRAIZ, A., 1973, pp. 8, 12, 13, 17, 55, 56, 58, 67, 174-180; ROMANÍ, M., 1989, pp. 64-66, 179, 1094; SÁ BRAVO, H. de, 1972, I, p. 25; SÁ BRAVO, H. de, 1972, II, p. 417; SÁ BRAVO, H. de, 1978, pp. 549-550; SACO CID, J. L. y SACO RIVERA, J. A., 1998, pp. 139-151; STRATFORD, N., 1991, p. 57; TORRES RODRÍGUEZ, C., 1982, pp. 152 y 153; TRANOY, A., 1981, pp. 271, 297, 360; TUMBO GRANDE, 1617, fols. 39 y 40; VALLE PÉREZ, J. C., 1982, I, pp. 128, 159, 250, 251 y 279; VALLE PÉREZ, J. C., 1991, pp. 143-144; VALLE PÉREZ, J. C., 1997, II, p. 215; VILA JATO, M. D., 1998, p. 217; VILA DA VILA, M., 1999, pp. 337-352, 429; VILLA-AMIL Y CASTRO, J., 1904, pp. 66 y 108; WARD, M., 1991, p. 45; YÁÑEZ, D., 1992, I, p. 152; YÁÑEZ, D., 1997, p. 207; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1983b, pp. 172-182; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1995, X, pp. 266, 390, 408, 409, 411-412; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1996, XI, p. 191.